

La sabiduría en Rafael Segovia

Carlos Arriola

Rafael Segovia fue un hombre de libros, de amplias lecturas, de múltiples intereses intelectuales, al igual que Paule, su esposa, y sus hijos Clara, Lucía y Lorenzo.

Entrar a su casa equivalía a ingresar en una atmósfera diferente, donde las conversaciones tenían otro tono.

Se hablaba de libros, sí, pero sólo cuando venía al caso y siempre con sencillez y perspicacia.

Segovia fue un intelectual pero siempre se consideró un profesor, a la manera de Juan de Mairena y de Alain, pseudónimo de Emile Chartier. Antonio Machado fue profesor de secundaria, Alain de bachillerato. Segovia de licenciatura. Ninguno siguió el *Cursus honorum*.

Cuando Machado publica en la prensa su Juan de Mairena tiene tras sí una obra poética. Alain y Segovia escribieron doctos libros, pero el grueso de su obra se publicó en los diarios. Los textos de los tres se recogieron en varios volúmenes.

Se acude a esos textos, no por la anécdota ni por la crítica. Se vuelve a ellos porque transmiten sabidurías arrinconadas, cuando no olvidadas. Los tres fueron hombres sabios.

La sabiduría es un conocimiento decantado acerca de lo humano. Requiere tanto de saberes que proporcionan la experiencia y los libros como de valores asociados a la bondad y la generosidad. Saberes del alma, saberes de salvación, los llamó la admirable María Zambrano.

El sabio de nuestros días no huye “del mundanal ruido” pero sí toma distancias. Hay en él un cierto escepticismo acerca de los humanos que el sabio guarda para sí. Confía en la razón, lucha por ella, espera de ella, pero no se hace ilusiones.

La sabiduría no se enseña ni hay tratados que la contengan. La sabiduría se transmite con medios modestos. Mairena habla, con un dejo socarrón, de una Escuela Popular de Sabiduría Superior, pero desliza su propósito pedagógico: “adelantarse a los conflictos que vienen entre la elementalidad y la cultura, mediante la inteligencia”.

Fueron cruentos saberes de experiencia que Machado y Alain conocieron en edad adulta. Segovia, en cambio, contaba con ocho años cuando estalló la guerra civil y se sumó a la “España peregrina”.

Temprana edad para adquirir saberes en ese volumen y de esa magnitud, pero nunca permitió que el recuerdo torciera el pensamiento o afeara la palabra.

Sine irae et studio, Segovia abordó, en su tesis de licenciatura, la pugna en España entre las ideas basadas en la razón humana elaboradas por la Ilustración, y las caducas creencias que sostenían al viejo orden, un conflicto que no ha desaparecido del todo.

En su inteligente prólogo a la reedición de la tesis, Fernando Escalante señala que fue el inicio de la meditación segoviana a lo largo de su vida. Sabia meditación que sumó saberes y virtudes: rechazo a la violencia y llamados a la tolerancia y a la razón que temperaran el uso del poder. *Guía para extraviados* en los contaminados mares de la ignorancia y la demagogia. De ahí su interés por la política que no siempre fue bien comprendido.

Sus textos hablan por sí solos del carácter pedagógico de sus artículos. De su preocupación por prevenir los posibles conflictos entre “la elementalidad y la cultura”.

Me permito citar algunos párrafos:

“La política, contra lo predicado por la cultura de la calle, escribió en 1988, busca imponerse contra los impulsos primarios de los humanos y racionalizar sus conflictos, evitar la eliminación radical del contrario y tolerar incluso al enemigo. Intenta dar una expresión a las diferencias entre los hombres a través de la representación y con ayuda de ésta generar una legalidad y una legitimidad.”

En sus siguientes artículos, de ese mismo año, Segovia defendió el papel insustituible de los partidos, pero este apoyo nunca fue acrítico. También en esas semanas de 1988 señaló: “tenemos ahora una clase política crítica pero no gobernante, se actúa en el poder como si se estuviera en la oposición y la oposición actúa como si gobernar fuera un delito ... Donde se busque la imagen de la autoridad sólo se encontrará una sombra de lo que fue, agitándose en el vacío.”

Ahora que es posible apreciar el conjunto de su vida y de su obra puede afirmarse con Gracián: que fue “un varón de entereza, siempre de parte de la razón, con tal tesón de su propósito que ni la pasión vulgar, ni la violencia tirana le obligaron jamás a pisar la raya de la razón”.